

RESEÑA. *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*

CARLOS ALTAMIRANO
BUENOS AIRES: SIGLO XXI, 2021
224 PÁGINAS

Por:

FACUNDO GÓMEZ
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES (ARGENTINA)
GOMEZEFACUNDO@GMAIL.COM
ORCID: 0000-0002-2616-4834

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/mitologias.842>
vol. 26 | junio 2022 | 205 - 209

Recibido: 06/01/2022 | Aceptado: 18/03/2022

Sobre el último libro de Carlos Altamirano confluyen una diversidad de diálogos, hipótesis y legados. Su mismo título remite en simultáneo al manifiesto inaugural de José Martí, al clásico libro del historiador mexicano Edmundo O’Gorman y a la extensa lista de volúmenes dedicados a pensar, defender o refutar la identidad latinoamericana; muchos de los cuales son indagados detenidamente a través de la prosa templada y erudita del autor. *La invención de Nuestra América* (2021) se presenta de esta manera como una contribución de relieve y como un ejercicio modélico de historia intelectual en torno la construcción de la idea de América Latina.

La demarcación del área de estudio se traza desde la primera oración de la obra (2021: 11). Luego, su relevancia se subraya a través de reflexiones metodológicas, citas bibliográficas u operaciones de lectura crítica propias del campo. En “Unas palabras sobre el libro”, el apartado introductorio, el autor ubica la cuestión de la identidad latinoamericana como problema central y focaliza su análisis sobre las intervenciones de los intelectuales en tanto sujeto social privilegiado en los diversos debates sobre el tema. Tales observaciones se complementan con la consideración del perfil académico de Carlos Altamirano, uno de los grandes referentes en la materia, quien se ha destacado como director de *Historia de los intelectuales en América Latina* (2008, 2010), como fundador del Programa de Historia Intelectual de la Universidad de Quilmes (Argentina) y como director de la revista especializada *Prismas*. Así, *La invención de Nuestra América* demuestra la potencialidad crítica de la historia intelectual para ir más allá de la defensa o refutación del término y reconstruir procesos complejos, segmentos poco iluminados y operaciones problemáticas de las narrativas de identidad que los intelectuales tejieron alrededor del continente a lo largo de los siglos.

El contenido del libro se podría reorganizar en tres bloques, cada uno de los cuales estaría conformado por dos capítulos que comparten el tópico principal, pero desde perspectivas disímiles o con énfasis diferentes. El primero trata sobre el sentido histórico del concepto de América Latina y los modos en que ha sido postulado y reformulado su origen y trascendencia. El segundo bloque aborda la cuestión de lo criollo en el discurso historiográfico. El tercero se vuelca sobre cierto americanismo literario, un campo discursivo elaborado por hombres de letras preocupados por fundamentar la originalidad de la cultura latinoamericana. El volumen se cierra con un apartado de carácter teórico que reflexiona sobre las transformaciones del concepto de identidad y su impacto en las últimas décadas en las ciencias sociales y las humanidades.

El primer capítulo, “Un largo desvelo”, funciona como obertura de la propuesta y está dedicado a reflexionar desde una perspectiva amplia acerca del sentido cultural e ideológico que los debates sobre la identidad latinoamericana han tenido en la región. Altamirano tantea procesos históricos, episodios políticos, crisis civilizatorias, reuniones entre intelectuales y la apropiación de nuevas teorías como elementos que condicionan las reformulaciones del término. La exposición se despliega en torno a una hipótesis de trabajo: “Creo que el desvelo por la identidad podría ofrecer el eje para una historia intelectual de América Latina” (2021: 25), lo que configura al capítulo en tanto una invitación a transformar la cuestión en una agenda de investigación, de la que el libro funcionaría como una suerte de prolegómeno. Esta inflexión se torna relevante, ya que de cierta manera explica (o excusa) ciertas ausencias y lagunas significativas del libro sobre el tema, sobre las que volveremos.

Dos cuestiones se desprenden de la lectura del texto. La primera es cierta tensión en la denominación. En este capítulo se traza la única referencia a la idea de “Nuestra América”, que aparece en el título de la obra: una nota al pie que remite al trabajo de Sara Almarza sobre el origen del concepto. Después, en el resto del volumen, la investigación da cuenta de los debates sobre “América Latina”. En un proyecto que es tan sensible a las formas de nombrar el territorio y que escudriña con tanto detenimiento las querellas genealógicas, resulta problemática la falta de detención y análisis sobre cómo se relaciona la fórmula difundida por José Martí y la nominación ideada en el siglo XIX e indagada a lo largo del volumen. La otra cuestión que el lector puede formularse, disparada por la inclusión de la tradición brasileña, es por qué no ha sido considerado el vínculo entre América Latina y el Caribe, sobre todo en vistas a las imprescindibles discusiones y reflexiones acerca de la identidad y la integración que los intelectuales caribeños y los especialistas en el área vienen produciendo con tanta dedicación desde hace décadas.

“¿Qué América somos? Debates y peripecias de una nominación” es el capítulo siguiente y se podría decir que es el eje central de la propuesta debido a su objeto de estudio: las intervenciones, diálogos y revisiones más trascendentales para pensar el origen y el ascenso de la idea de América Latina. Cobra

notable importancia en este caso el seminal trabajo del uruguayo Arturo Ardao, quien, desde sus artículos sobre José María Torres Caicedo en *Marcha* hacia mediados de 1960 hasta la publicación de *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (1980), se ha propuesto no solo estudiar la genealogía del término, sino también defender su validez como índice de un extenso proceso de una toma de conciencia regional de carácter antiimperialista. No sin marcar diferencias, la fina lectura de Altamirano reconoce el esfuerzo de Ardao como un paradigma de los llamados “relatos de identidad”: proyectos intelectuales que suponen la unidad y coherencia de un sujeto y que “nos habla[n] de los avatares de un sentido y de un destino” (2021: 88) que se va cumpliendo de manera histórica a través de diversas crisis, reflexiones y afirmaciones de autoconciencia.

La crítica al carácter teleológico del libro del intelectual uruguayo se complementa con la revisión de textos que dialogan o polemizan con sus tesis y afirmaciones sobre el rol de Torres Caicedo o Francisco Bilbao en la difusión del nombre. Se trata de las obras de John Leddy Phelan, Miguel Rojas Mix, Vicente Romero, Álvaro García San Martín sobre el tema, a las que se agrega la de Mauricio Tenorio-Trillo y su decidida embestida contra la idea de América Latina. A esta precisa revisión y puesta en diálogo, prosigue el examen de los cruces y tensiones entre la designación y su inflexión peninsular, “Hispanoamérica”, en el contexto de principios de siglo y las alianzas entre los campos intelectuales de uno y otro lado del Atlántico tras la guerra de 1898 entre Estados Unidos y España. El ensayo concluye con un rastreo de fuentes sobre la adopción del nombre de marras por parte de las Naciones Unidas para designar a la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), un hito en el reconocimiento internacional de la nominación.

Con el capítulo siguiente se inicia lo que se puede considerar el segundo bloque de textos del libro, que orbitan alrededor de la idea de “lo criollo” en discursos historiográficos clásicos y en revisiones críticas más contemporáneas. En “Condición criolla, identidad americana”, el análisis se remonta hasta los trabajos de Alamán y Mitre para reconstruir cómo las grandes narrativas nacionales del siglo XIX colocan a la “raza criolla” como el sujeto social que primero es oprimido en la colonia, luego dirige la lucha en la emancipación y finalmente se coloca a sí mismo como el sector social hegemónico al frente de las jóvenes repúblicas americanas. Tal como expone Altamirano, esta suerte de “mito fundacional” de lo criollo viene siendo sometido a un riguroso enjuiciamiento crítico desde hace varias décadas. Las revisiones examinan de forma menos complaciente la historiografía canónica para poner en cuestión las operaciones de legitimación de las élites, la visión tradicional acerca de la Guerra de la Independencia y la imagen general de los españoles y criollos como dos comunidades perfectamente distinguibles y enfrentadas.

A continuación, el capítulo “Representaciones de la conciencia criolla” extiende el estudio del tema a través de la lectura atenta de dos autores que durante la década de los noventa han escrito, desde orientaciones disímiles, dos obras sustanciales acerca de lo criollo: *Orbe indiano* (1991), de David Branding; y *De la dificultad de ser criollo* (1993), de Germán Carrera Lamas. El primero diseña un panorama de lo que llama “patriotismo criollo”, representado cabalmente por el ideario de fray Servando Teresa de Mier, a quien pondera de manera admirativa; el segundo, en contraposición, se manifiesta en contra de la conciencia criolla al entenderla como un dispositivo ideológico, destinado a silenciar y excluir a las sociedades nativas, al nacer sometido a un estéril y conflictivo eurocentrismo del que no se ha podido liberar.

El siguiente bloque está compuesto por dos ensayos que abordan como tema central el americanismo literario: un “complejo discursivo” que, desde el campo de las letras y las humanidades, se esfuerza por fundamentar, en distintas coyunturas históricas, la originalidad de la expresión literaria y cultural de América Latina. En el capítulo titulado “Universalidad europea y particularidad americana”, Altamirano recupera las intervenciones de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Francisco Romero en la VII Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual de la Naciones Unidas, celebrada en Buenos Aires hacia 1936, así como también las repercusiones de sus ideas y debates acerca de la

identidad americana en el campo intelectual argentino. Pensar sus discursos en un contexto particular — el encuentro con pares europeos en una pujante ciudad sudamericana— permite distinguir en las célebres palabras de Reyes y Henríquez Ureña una operación doble: por un lado, se reclama el debido reconocimiento de las creaciones vernáculas por su calidad y validez estética; por el otro, sobrevive un consenso tácito con los colegas de las metrópolis acerca de que la cultura es europea por antonomasia. El tema se prolonga hacia las operaciones sobre esta inflexión del discurso americanista que lleva adelante Jorge Luis Borges en “El escritor argentino y la tradición” y deriva en las otras modulaciones con las cuales los intelectuales argentinos de mediados del siglo XX pensaron sus propias responsabilidades como hombres de letras americanos. El bloque se completa con “La originalidad como tarea”, un capítulo focalizado en el programa cultural y las realizaciones estéticas del romanticismo argentino, considerados una representación cabal de cómo la interrogación acerca de la originalidad y especificidad de las creaciones vernáculas a lo largo del tiempo ha devenido un “campo contencioso” (2021: 183), una arena de debates a través de la cual la tradición literaria y crítica latinoamericana disputa sentidos y proyectos. El recorrido planteado se inicia con las elogiadas reflexiones de Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1949) y finaliza con el examen de las tensiones culturales y estéticas que atraviesan las tentativas de los románticos argentinos. En particular, el análisis se detiene en *La cautiva* (1837), el poema de Esteban Echeverría, y revela los conflictivos anudamientos entre el anhelo de originalidad artística y la interpretación ideológica de la geografía y la sociedad pampeana.

Los tres bloques se completan con un “Apéndice”, una serie de notas organizada alrededor de la noción de “identidad”, un concepto clave en las ciencias sociales desde hace algunas décadas. El apartado ilumina teórica y metodológicamente los capítulos anteriores y diseña un productivo panorama bibliográfico sobre el tema, que abarca tanto su ascenso como clave interpretativa en el campo académico norteamericano como el temprano recelo y su ascenso triunfal en la escena cultural francesa. Se incluye también un apartado sobre el vínculo entre identidad y modernidad que no excluye de la problemática la consideración de su valor y funcionamientos en sociedades disímiles a las occidentales y modernas.

Los aciertos de *La invención de Nuestra América* —perspectiva crítica, exigencia argumental, trabajo de archivo, escritura convincente— conviven con ciertas cuestiones, puntos ciegos y lagunas en los que resulta preciso reparar para continuar el debate que el mismo libro propicia. En términos estructurales, llama la atención la escasa articulación entre los ensayos y temas abordados. La idea de América Latina, lo criollo y el americanismo literario parecen diversos aspectos de la misma problemática, pero la obra no tiende a integrar, contrastar o interconectar las facetas, por lo que el resultado tiende a segmentar de manera artificial procesos que se encuentran entrelazados en su despliegue histórico. Por otro lado, se evidencian varias ausencias en el tratamiento del tema que debilitan el afán de registrar los principales debates en torno a la identidad latinoamericana. No se comprende por qué la investigación se detiene hacia mediados del siglo XX, lo cual deja afuera las ingentes transformaciones del término tras la Revolución Cubana y su impacto en la historia intelectual de la región. Tampoco se explicitan las razones para excluir de las discusiones la cuestión del Caribe y su integración con el resto del subcontinente. Lo mismo ocurre cuando se recorta del panorama el valor del ensayo de interpretación nacional, que tan fuerte huella ha dejado en el pensamiento vernáculo. O cuando el apéndice final omite inquirir en las inflexiones latinoamericanas del concepto de identidad, su peso en las discusiones teóricas llevadas adelante en las últimas décadas por los estudios culturales, subalternos o decoloniales. Si se trata de una omisión programática, resta una argumentación que la fundamente. En todo caso, para el lector especializado, se trata de una exposición estimulante mas incompleta, rigurosa pero fragmentaria, como si se tratara del primer tomo de una obra que demandara mayores esfuerzos, horizontes más diversos, operaciones acaso más arriesgadas.

En suma, *La invención de Nuestra América* se erige como un destacado estado de la cuestión, accesible y documentado, sobre una temática que continúa animando revisiones y debates. En un presente de narrativas exhaustas y crisis generalizadas, volver sobre la identidad latinoamericana, como

cifra de una historia intelectual compartida, implica anudar tradiciones, conflictos y desafíos. Una tarea condenada al fracaso sin una relectura de archivo como la desplegada en este libro; sosegada, suspicaz y atenta a la multiplicidad de tramas, linajes y voces.